SEGUNDOS DE DUDA

CIPRIANO GÓMEZ ORTIZ

III Premio «Vida y Salud»

Relato ganador. Categoría enfermería.

Me parece muy feliz el proyecto de que todos aquellos que lo trataron escriban sobre él; mi testimonio será acaso el más pobre, pero no el menos imparcial del volumen que editarán ustedes.

Funes el memorioso

Jorge Luís Borges (1942)

Nunca he conseguido recordar en que momento empezó a interesarme la vida de aquella familia y muchas veces me he preguntado también cual es la razón de que me persiga su recuerdo, como si yo hubiera llegado a ser uno de los suyos, uno más de los que se sentaban en aquellas interminables so-

bremesas para decidir cuando habría de recolectarse lo que ya verdeaba en los campos, prestar los aparejos a los vecinos más necesitados o meter la paja de la temporada hasta el interior de la casa de los primos, los cuñados, los hermanos; en resúmenes cuentas todo lo que gira alrededor de esa parentela que en los pueblos llega a hacerse interminable.

Por supuesto mi imaginación también habrá podido deformar algo los acontecimientos referidos al día que ahora trato de narrar: han sido muchos años trabajando en aquella pequeña clínica, en aquel viejo y desaparecido sanatorio y han sido muchos los sucesos que viví como portero, celador o enfermero, que varios fueron los nombres que recibí mi trabajo, según la persona que lo aludiera. Distintos nombres para una labor que solo tuvo que ver con el sufrimiento y el dolor de decenas y cientos de personas que ocuparon las camas de aquella clínica de la calle de San Vicente.

De todas maneras no me confundiré con un día único, memorable, aquél que me tocó asistir como espectador de confianza próximo a Jacinto, un muchacho de un pueblo cercano ingresado en la tercera planta y que traía de cabeza a don Matías, el cirujano que lo había intervenido hacía más de un mes: una peritonitis complicada contra la que había que luchar solo con la sulfamida, o con algo de penicilina que ocasionalmente llegaba, de contrabando, por medio de un tío político del muchacho que trabajaba en el muelle, que las modernas unidades intensivas estaban aún por inventarse, y no digamos de la variedad de antibióticos que hoy ayudan a los enfermos.

Aquella madrugada, Ana, la madre de Jacinto, se habría levantado de la cama y cerca de su patio repararía en aquella ropa que llevaría por última vez. Quizá con una luz cenital insuficiente, los pequeños bordados en blanco de la camisa gris no resaltaban casi nada en contraste con la habitual falda clara estampada en negro con que yo solía verla. "A mi hermana Carmen quizá le estén bien", pensaría sabiendo que no haría el viaje de vuelta con ellas.

Antes de salir, obligatoriamente debió de cruzar algunas palabras con su marido; palabras que debieron ser rotundas, sin apenas matices, sin tan siquiera cruzar los ojos entre ellos, fijos como los

tendrían ambos en la yegua que, como cada mañana, el hombre aparejaría en el patio que separaba el corral y la casa:

-La comida te la avarará la niña, la Flora, que yo vuelvo en el último amarillo, como siempre. Hoy no llevo uvas..., ya le dije a don Matías que me tenía que devolver el canasto si quería más.

Es probable que con eso acabara la conversación, y que Ana, tal y como me había referido los días anteriores, a lo largo de las interminables horas en que velaba a su hijo, miraría las ubres inflamadas de la yegua sin poder reprimir el que los ojos se le humedecieran, porque aunque luchadora y trabajadora, tenía la lágrima fácil, lo que me permitía mostrarme, a veces, un poco socarrón con ella.

Un adiós rápido, algo sobre el niño y acaso la palabra potro le hiciera oír la eterna perorata que el marido lanzaría entre dientes:

-¡A la Negra la tenía que haber montado el borricon del Chano! Ahora tendríamos un mulo y nos arreglaríamos mejor cada vez que llegara la época de la uva y el algodón.

Me contaba Ana que cada vez que salía de su casa para coger la Cuesta de Postigos y acortar por el Paraíso tenía la misma sensación de tristeza, el mismo dolor sólido y angustioso que se le instalaba en la boca del estómago, un desconsuelo de saber que dejaba solos a los otros niños, a su marido, que la Flora era demasiado pequeña para que tuviera tanta responsabilidad, que ella conocía bien como darle a la Negra los cuidados que en ese momento el animal necesitaba... Pero su hijo Jacinto estaba antes que nada, antes que sus propios dolores de espalda, antes que su matriz prematuramente descolgada y sus hemorragias a destiempo, que yo a veces le tenía que fabricar, de tapadillo, una compresa con dos o tres mechas de algodón bien sujetas por una venda del cinco o del siete, que eran las que menos se usaban y no se echaban en falta.

Tampoco le gustaba mucho encontrarse con las mujeres que le preguntaban por el hijo. Decir que estaba mejor sólo era mentir, pero era una mentira a la que ella no renunciaba: me la imagino aquel y otros días esquiva, desdeñosa, creando desconcierto en cuantos le mostraran interés, fuera dudoso o cierto. Se sentaría en un asiento del autobús donde pudiera pasar desapercibida. Encogida, pequeña,

quizá sumida en su más oculto anhelo: que su hijo sanara, que acabara de una vez de salir de aquel estado de postración, que los bordes rotos del agujero que había en el vientre de su hijo se unieran definitivamente.

Me lo habían contado en más de una ocasión, cuando el muchacho empezó a salir de los delirios, de las fiebres que lo habían hecho encanijar hasta asustar al cirujano. El doctor a veces se presentaba a cualquier hora del día y después de hablar con la practicante me llamaba a mí para que dejara la habitación libre de familiares y destapara a Jacinto. Yo me quedaba allí, viéndolo como estudiaba las conjuntivas del chaval, observando los apósitos que doña Lali retiraba cuidadosamente, casi oliéndolos, que una vez le pidió análisis y todo de tan preocupado como estaba. Cuando logró tomar el primer caldo sin que ello le provocara dolores o vómitos y el muchacho empezó a saber dónde estaba, fue cuando ya me contaron que él era un auténtico hombre de campo, que sabía de todos los cultivos y que ni siquiera el trigo tenía secretos para él, pero que su más absoluta inclinación la había descubierto una noche dejando asombrada a toda la familia. Según pude deducir de las palabras de Ana, aquella noche, digo, adivinando que era el momento justo, con la ilusión prendida en el tono, se había atrevido con la propuesta y dejó sobre la mesa su ambición más secreta y deseada:

-Padre, ya sé que usted de lo que tiene ganas es de un mulo y de que para montar a la Negra podemos contar con el burro catalán del Chano, pero en el Pradillo hay un caballo albardón que sin embargo da unas crías que mismamente parecen de aldbaba. El dueño no pide nada porque el macho es bravío y la monta lo aquieta durante quince días.

Me queda la duda de saber cómo resolverían Ana y su marido llegar a descubrir en su hijo esas ganas de presumir, ese deseo de poseer un caballo o una yegua de silla, ese punto de vanidad tan raro en una familia tan austera. Ellos poseían esa sobriedad, esa naturalidad de los que saben que la elegancia está en no exhibir nunca nada. Lo cierto es que al final acabaron aceptando la propuesta del joven.

Esa misma tarde, Carmen, la hermana de Ana que residía en la ciudad, con un enorme sentido de culpabilidad que yo trataba de desdramatizar a mi

manera, me contaría que había ido a rescatar a su hermana del trajín en que se convertían los andenes de la estación como cada vez que podía. Se había tenido que traer a su hijo menor y las dos con él de la mano salieron a la calle. Y que fue en ese momento, en cuanto alcanzaron los jardines de Ribera, cuando Ana le había explicado a ella en tono de confidencia la decisión tomada. Carmen me reprodujo la conversación mas tarde con todo lujo de detalles: que si tenía que ir con ella a comprar el vestido ya hecho, que si la promesa de cambiar el vestido mundano por el hábito era hacerlo lo más cerca posible del altar... A Carmen, estoy seguro, se le mudaría el rostro, que ya llevaba bastantes años fuera del pueblo y se le notaba como más práctica, más libre de aquellas costumbres que condenaban a tantas mujeres a vestirse con algo que parecía hecho entre el esperpento y el despropósito. De nada valdrían las explicaciones ni los razonamientos para que se lo pensase mejor.

-Por Dios, Ana, que es para toda la vida. Piénsatelo. Si el chiquillo ya está mejor quiere decir que el Señor ya lo protege... Medítalo algo más, mujer.

Ana volvería a repetirle lo que yo ya había oído decenas de veces. Quería a su hijo bueno y sano ya, no mañana y menos la semana que viene, quería la imposibilidad del milagro en ese mismo momento. Seguramente volvería a recordarle, como si Carmen no lo supiera bien, el mes que llevaba su criatura desde la noche en que se acostó con un poco de fiebre y apareció en su cuarto a los dos de la mañana con esa cara demudada, casi cadavérica, con que llegó a la clínica, para decirle "Que se me parte algo en el vientre, madre".

No puedo dejar de pensar que tuvo que ser a lo largo de aquella mañana cuando el niño debió de seguir, entre asombrado y algo asustado, las largas conversaciones entre las dos mujeres: los reproches de Carmen hacia los lloriqueos de su hermana delante del propio Jacinto, la mala fortuna de la Negra..., no tendría nada de extraño que en algún momento la madre se viera en la necesidad de hacerle alguna carantoña, que lo natural es dejar a las criaturas de esa edad en su cándido mundo de niños ajenos a las desgracias.

Alguna dependienta prudente y eficaz de las Siete Revueltas les envolvería los dos vestidos morados con prontitud y no diría nada al oír las justi-

ficaciones de porqué se llevaba un solo cingulo amarillo, "Ya compraré otro cuando mejore el niño y las pesetas no se vayan antes de que puedan ganarse", que ellas, como yo, entendían bien aquellas formas resignadas de manejarse en la vida.

Me detalló Carmen que el templo, casi vacío a esa hora de la mañana, sin apenas iluminación, sobrecogía más de lo normal. Que dejó a su hijo y a su hermana sentados en los bancos y que se fue a hablar con el párroco a exponerle los motivos de aquella visita. No conozco muy bien el ritual pero el sacerdote le permitiría a Ana usar alguna dependencia para que se cambiase la ropa, que la promesa parece ser que había sido hacerlo lo más cercano al altar. Conozco la iglesia por dentro y sé que Ana, vestida con la bata morada y el cingulo amarillo, tuvo que salir por la falsa puerta lateral de debajo del camerino que todavía hoy contiene la oscura y doliente talla. Ignoro si rezaron a continuación pero a buen seguro que supieron que estaban cayendo en falta y que ya era hora de dirigirse y llegar donde el muchacho.

Yo estaba sentado detrás del mostrador que había en la entrada, vistiendo mi guardapolvos caquí, pues el gris tenía que usarlo sólo para retirar una sonda o afeitar algún vientre de hombre, ya que de las mujeres se encargaba sor Patro, la monja a la que yo tenía que ayudar siempre que hubiera un movimiento de camas o trabajos de esa índole. Las conduje por propia voluntad, que el camino lo sabían de sobra, por aquella obra mía diaria de brillantes baldosas a cuadros, alterando el silencio de iglesia que habíamos conseguido que habitara en las puertas, las mesas o los barrotes de las camas. Repintado todo de un blanco deslumbrante, daba la sensación de que la esterilización había salido de los quirófanos. Les conté que por la mañana yo mismo le había subido al muchacho mi radio para que escuchara un episodio de Dos hombres buenos: había permanecido despierto mientras hubo diálogo y volvió a quedarse dormido cuando entró la voz pausada y lenta del narrador. Casi al filo de la habitación nos encontramos con la practicante que asistía normalmente al chaval y a la que se le notaba que también había acabado siendo cautivada por el muchacho. Doña Lali, ignorándome como era habitual en ella, que yo no sé qué clase de competidor veía en mí, se dirigió a la madre de Jacinto.

-Don Matías quiere hablar con usted, Ana. Las dos últimas curas, siendo tan dolorosas para el enfermo como las anteriores, han dado un exudado mucho más limpio que los de hace una semana. Alégrese, el médico está bastante optimista porque el peligro está pasando.

Es a partir de ese momento cuando todos los recuerdos se me vuelven más claros, el momento en que casi se me van las dudas de cómo sucedió todo y yo, este triste portero, camillero, celador o enfermero que les habla, que con los años ya no sé ni lo que fui, asistí a una escena que no puedo olvidar y que parece que me acompañará el resto de mis días.

Ana, súbitamente transfigurada, entró al interior de la habitación y se acercó al joven que dormitaba sereno. Lo despertó tan cariñosamente como siempre para decirle que ya estaba ella allí. Jacinto, al que no abandonaba la palidez, hizo un esfuerzo por mostrarse risueño a pesar de sus permanentes molestias. Sin notar el cambio en la forma de vestir de la madre, besó a los tres recién llegados y se puso a relatarles que estaba mejor desde la noche anterior, que yo le había prestado la radio por la mañana pero que él no se había enterado bien de qué había ido aquella especie de novelón; le contó que doña Lali

y don Matías le habían hecho chistes sobre la morenez de su cara y de sus brazos y sobre el incipiente vello que empezaba a asomarle en el bigote. Le vi conseguir una buena postura en la cama y empezó a preguntar por las gentes y las cosas del pueblo: que si la Flora se apañaba bien con la comida con lo chica que era, que si el Chano había ayudado al padre a desestercolar la cuadra... Empecé a ver la ilusión en su rostro, esa ilusión que yo hasta entonces desconocía y de la que Ana me había hablado. Era la ilusión por poseer ese sueño en forma de caballo que después sería jaco, corcel o alazán, que yo no sé cual sería el nombre con que él lo llamaría. Y sucedió. Preguntó por su potrillo. Y esos segundos de duda que tuvieron las dos hermanas, o yo mismo, y que nunca se debieron de producir, se hicieron. Y el niño, aquel niño de mirada inocente, aquel niño cansado y aburrido de haber pasado toda la mañana con las dos mujeres, tocando el embozo de la cama dijo algo tan sencillo como fatídico, tan verdadero como nefasto, que hizo que Jacinto, el pobre Jacinto, jamás pudiera abandonar aquel hospital ni aquella cama:

-Primo... Jacinto... tu potro nuevo, el hijo de la Negra... se ha muerto.